

# 2 mi historia

Todavía lo siento muy reciente y no me resulta fácil hablar de ello, justo ahora que ya algún día pasa sin recordarlo. Quizás también por esta razón ahora lo explico sin mucha emoción.

Todo empezó cuando noté que tenía un bulto en el pecho izquierdo. Hacía dos meses que me habían hecho una mamografía y hacía seis que había ido a una revisión con mi ginecóloga. En mi historial llevaba ya unas cuantas mamografías y nunca habían notado nada especial, aparte de decirme que tenía una mama fibrosa y que, por tanto, no se dejaba ver fácilmente. Mi ginecóloga me visitó y me derivó al ecógrafo y éste, al hospital. A partir de ahí las caras ya no eran tan confiadas. Al cabo de un par de días, me hicieron una punción, de la cual salí llorando.

El médico y la enfermera insistían en que no me podía hacer daño (pues sí que me hacía). Me dijeron que tendrían los resultados en 15 días. 15 días de incertidumbre en los que todo el mundo me decía que no sería nada. En el hospital, mientras tanto, ya me daban hora para las pruebas preoperatorias, por si acaso. Yo esto no lo entendía para nada. ¿Para qué me las tienen que hacer si a lo mejor no es nada grave?. La espera se me hizo eterna y llegó el día en que me comunicaron la noticia. Tenía cáncer. Yo iba con una amiga y ella se enteró mejor de las palabras exactas que decía la médica. A mí me resonaban en el cerebro y estaba como en estado de shock. La médica dijo que había que operar, que no me quitarían todo el pecho, no sé que de los cuadrantes, que luego me harían quimioterapia, radioterapia y que para finales de año todo habría acabado. Fue difícil decírselo a mi madre, a mi familia, a mis amigas y, lo peor, a mis hijos. Casi que se enteraron más por los demás que por mí. A mí me costaba mucho pronunciar la palabrita delante de ellos. Todavía me cuesta ahora, siete meses después.

Me operaron pocos días más tarde. Dos semanas más de espera y la segunda parte: los resultados de la operación. En la operación me quitaron dos ganglios y el examen "in situ" parecía mostrar que no estaban tocados. Los resultados de la operación fueron bastante buenos. El tumor era pequeñito, no había ganglios afectados y las expectativas, siempre según las estadísticas, eran bastante optimistas. De este momento puedo decir dos cosas contradictorias. Por un lado me vi dándome un baño de amor. Todo mi entorno me demostraba lo mucho que me quería y me ofrecía su disposición a ayudarme en todo lo que quisiera. Por otro me sentía agobiada porque el teléfono no paraba de sonar y personas a las que no veía hacía años, me llamaban. A ratos descolgaba el teléfono, a ratos huía de mi casa. En mi proceso personal, yo iba haciendo mi camino. Tenía miedo a morirme y dejar a mis hijos sin madre. Tenía miedo a los tratamientos, al sufrimiento, a perder mi atractivo, mi salud, mi sexualidad, hacerme vieja de golpe, perder mi capacidad de decisión. Y estaba como paralizada, perdida en un mundo nuevo.

Fui saliendo de mi confusión al hablar con otras mujeres que habían tenido cáncer de mama. Sus historias y sus voces me tranquilizaban y me hacían volver a la realidad. Y empecé a buscar información en libros y en internet. La gente me daba información sobre médicos, terapias, alimentación, páginas web, etc. Yo apuntaba todo y algunas de esas informaciones me fueron muy valiosas, otras siguen ahí, en un papel. Yo no descartaba nada y, a medida que he ido sintiendo la necesidad, las he utilizado o no. Leí un libro muy interesante sobre alimentación: "Tu vida en tus manos", la autora, Jane Plant, era una mujer que había tenido cáncer de mama y, siguiendo sus recomendaciones, cambié mi alimentación. Dejé de comer productos lácteos y carne y pasé a comer muchas más verduras, fruta, legumbres, cereales integrales y frutos

secos. Por otro lado también me planteé que quería sentirme acompañada por otra visión de la salud, diferente de la que me transmitían los médicos del hospital. Una manera de entender la salud que es la mía. Desde hace tiempo intento ser responsable y consciente de los conflictos que aparecen en mí. Ya no sé dónde empieza mi espíritu y dónde mi cuerpo o mi mente. Sé que mis conflictos tienen que ver con todo y, por supuesto, mi cuerpo es una globalidad y lo que le pasa a un brazo también afecta a mi pie. Me empecé a visitar con un médico más afín a mis ideas y abrí un proceso de reflexión personal para revisar lo que había sido mi vida, qué significaba esta crisis y decidí que, en ese contexto, no tendría reparos en dejarme ayudar por las terapias que yo considerase adecuadas.

Mientras tanto en mis visitas al hospital, yo no entendía tantas cosas....¿Por qué no me hacían más preguntas? Sobre mí, el resto de mi salud, mi alimentación, mis ideas, no sólo acerca de mi pecho izquierdo. Estaba preocupada por la poca información que tenían y cómo eso iba a afectar a su diagnóstico y tratamiento. Después de la operación, me vieron otros médicos en otro departamento del hospital. Antes, en las 5 o 6 visitas que había tenido, siempre me había visitado un médico diferente, cada uno con su estilo. La nueva médica del nuevo departamento (oncología) me dijo que tenía que hacer quimioterapia.

Yo le hice muchas preguntas (a esas alturas ya tenía algo de información) y le pedí que me escribiera en un papel los medicamentos de la quimioterapia que me proponían. Ella, con bastante desgana iba contestando a mis preguntas y hablando de las futuras revisiones, me dijo que debería seguir haciéndome mamografías. Yo le dije que no entendía por qué, ya que en mi caso no se había visto nada en ellas. Me dijo, en tono de reprimenda, que claro que me las haría, quisiera yo o no. Pedí un tiempo para pensar sobre la quimioterapia y aunque con veladas amenazas me dijo que OK. Pasé un tiempo difícil (un mes y medio) decidiendo qué hacer. Mi caso estaba un poco en la frontera, averigüé que en cada hospital los protocolos son distintos y que en otros hospitales de países europeos, a mí no me propondrían quimioterapia. Después →

# 3 Morir de cáncer en Gaza

→ de pedir otras opiniones (medicina convencional y no convencional), hablar con otras mujeres afectadas de cáncer con ideas parecidas a las mías, seguir leyendo, y atenta a mis sentimientos y emociones, decidí no hacer quimioterapia.

Fue una de las decisiones más solitarias de mi vida. Aunque en el fondo todos sabemos que no hay un tratamiento definitivo contra el cáncer y que la última decisión siempre corresponde a la persona afectada, y aunque los y las médicas han hecho cursillos para aprender a respetar las decisiones de “sus” pacientes, en la realidad, sigue habiendo esa distancia que marca el poder. “Yo sé de lo que hablo” y “tú acabas de llegar a este mundo y no eres una experta”. No importa que lleves toda la vida en tu cuerpo y que te sientas responsable de él y que, además, mira por dónde, no quieras delegar esa responsabilidad. Tengo que decir que también me he encontrado a muchas mujeres que no quieren saber, que se sienten felices cuando otros deciden.

## Anónimo



Fatma Barghouth murió el pasado 24 de diciembre a los 29 años devorada por un cáncer que desde el seno se le había ido extendiendo hasta la columna vertebral. Fue enterrada en el cementerio de la ciudad de Gaza, pero en la tumba no estaba sola, la sepultaron con otras dos mujeres. En Gaza muere demasiada gente y no hay espacio para todos.

La familia hubiera querido enterrarla en el cementerio próximo al campo de refugiados de Jabalia, donde para los muertos todavía queda algo de tierra disponible. Pero no pudo ser, pues aquella mañana había un intercambio de fuego entre el ejército israelí y un grupo armado palestino. El ejército estaba bombardeando la zona con artillería, y una bomba había destruido la carretera que une Jabalia con el cementerio. La agonía y muerte de Fatma no resultaron sencillas —como tampoco su vida. En abril de 2003, Fatma se notó un nódulo. Tenía entonces 26 años, era hermosa, vestía al modo tradicional palestino —no con el velo islámico, sino con la pañoleta de las campesinas—, tenía una bella sonrisa, unos grandes ojos negros y unas enormes ganas de vivir que le sirvieron para luchar contra su enfermedad y para enfrentarse a la burocracia y a todo tipo de arbitrariedades.

Os podría hablar de sus vicisitudes para llegar al hospital israelí donde iba a tratarse, así como del celo de los médicos por los derechos humanos (Physicians for Human Rights, cuyas siglas son: PHR), una asociación israelí

que lucha contra la persecución y la discriminación cotidianas que padece el pueblo palestino en el campo de la salud por parte de las autoridades israelíes. El PHR se ocupa de los enfermos palestinos que sin su ayuda morirían o nunca podría llegar a un hospital israelí especializado. Pero a Fatma, a pesar de todo y de su esfuerzo, no le sirvió de nada.

Tantas veces se encontró, al ir a recibir la quimioterapia, cerrado el paso de Erez, en la frontera entre el norte de Gaza e Israel; mientras el dolor la devoraba, Fatma pasaba las horas esperando a que la puerta de hierro se abriera. Tenía todos los permisos, obtenidos incluso por sentencia de los tribunales israelíes, e incluso los médicos del hospital Tel Hashomer telefoneaban al puesto de control de Erez, para pedir que la dejaran pasar y para confirmar que tenía que someterse a un tratamiento de quimioterapia. Pero la mayor parte de las veces los oficiales y soldados del puesto no atendían a razones. Fatma, que no podía verlos, sólo oía sus órdenes en hebreo, dichas a través de unos estridentes altavoces —órdenes de las que sólo entendía el sí o el no. Motivos de seguridad, alegaba el soldado del puesto. Y mientras tanto, el mal se iba extendiendo por su cuerpo.

Pero su calvario no sólo es atribuible al brutal muro de la ocupación y a la falta de humanidad y compasión de los soldados israelíes, sino también a la resignación y a la falta de especialistas de la estructura hospitalaria palestina. Me pregunto hasta cuando se permitirá todo esto, hasta cuándo la Comunidad Internacional permitirá esta falta de derechos, de compasión y de humanidad. Lo sé, es una pregunta retórica.

## Luisa Morgantini

Extracto del relato publicado en “Nonviolenza. Femminile plurale”, n 46 2005.